

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

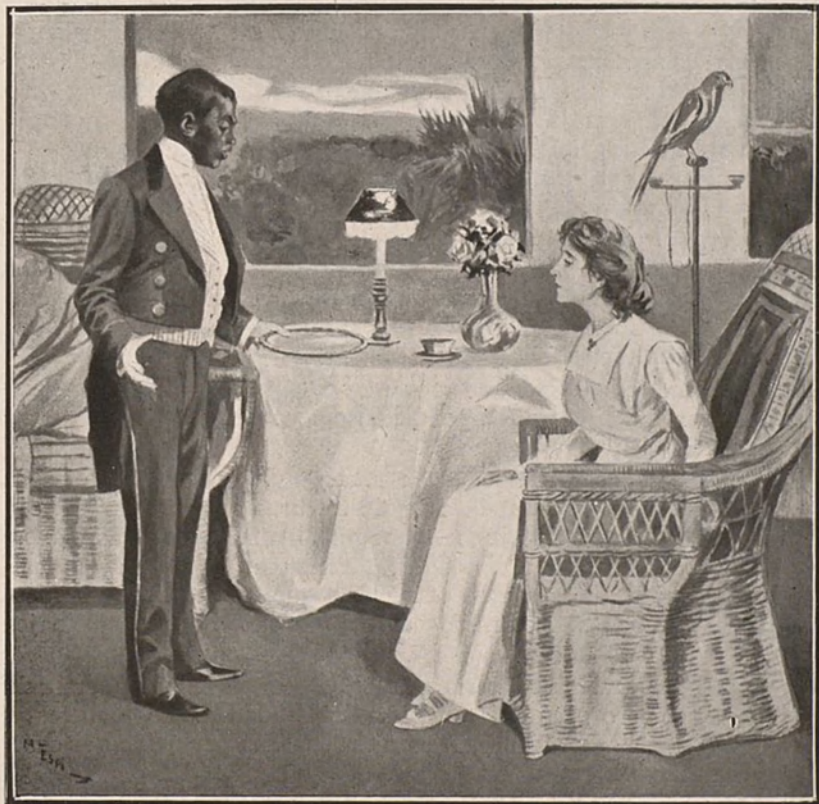


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 8 DE MAYO DE 1910.

NÚM. 123.



## ALÍ

¡ Igual que la víbora se oculta entre el césped y cubierta por odoríferas plantas acecha traidoramente al viajero que, encantado por las bellezas del paisaje, busca reposo y frescura, por extraño contraste entre el espíritu y la materia, también en lo humano suelen las perfecciones del cuerpo ocultar deformidades del alma.

Ayuntamiento de Madrid

Ejemplo viviente de este ilógico consorcio era Carmina.

Hija única, nacida en la abundancia, idolatrada de sus papás que en ella cifraban sus amores y esperanzas, sin haber visto más que ejemplos de bondad y dulzura desde que alumbró su cerebro la luz de la razón, empezó á manifestar instintos y pasiones en contraposición con su forma externa, que más que de humana criatura de ángel parecía.

Blanca, con la transparencia del nácar, esbelta, proporcionada, de ojos azules y diáfanos, en cuyo fondo tranquilo parecía dormir un alma pura é inmaculada, rubios y ensortijados cabellos que encuadraban aquel rostro encantador, correcta de líneas, ideal, en una palabra, tenía como complemento de aquel armónico conjunto ese flúido inmaterial y atractivo que se llama simpatías, y que si en los seres vulgares suple con ventaja á la belleza, cuando á ésta se suma constituye el modelo acabado de la perfección.

Sin embargo, ¡qué contraste entre la forma y el fondo, entre el cuerpo y el alma!

Mientras fué pequeñita pudo atribuirse lo díscolo de su carácter al excesivo cariño de sus papás, que no supieron nunca quebrantar sus gustos y caprichos; pero á medida que fué creciendo fueron manifestándose sus instintos con tal crudeza, que no hubo forma ni palabra con que pudieran disfrazarse.

Eso sí, como todo el que es incapaz de algo grande y generoso, era cobarde y servil con el fuerte, condición propia de todo el que es con el débil cruel y altivo.

Animal indefenso que caía en su poder, más le valiera no haber nacido; le hacía objeto de toda clase de torturas sintiendo un salvaje contento viéndole padecer; juguete que pillaban sus pecadoras manos, era destrozado con rara habilidad, por resistente que fuera, en menos tiempo que se dice, y hubo ocasión en que, no teniendo qué destruir, hizo víctimas de su insano prurito muebles, figuras, cortinajes y hasta sus propios vestidos.

Esto, con ser mucho, no sería nada si á ello se hubieran limitado sus desmanes; pero pasó el tiempo, con él la edad de los juguetes y, fiel á sus inclinaciones, siguió en otro orden, más perjudicial si cabe, su obra destructora.

No perdonaba ocasión ni momento de humillar ó avergonzar á quien hacía blanco de sus burlas, y casi puede decirse que eran todos cuantos la rodeaban; pero con cruel tenacidad al pobre Alí.

Alí era un negrito muy interesante, que desde hacía seis años estaba en la casa destinado al exclusivo servicio, ó más bien entretenimiento, de Carmina.

Tenía quince años, era un hermoso tipo de la belleza de su raza, y también una antítesis viviente, pues su piel, negra y lustrosa, su ensortijado y crespo cabello y sus inquietos y brillantes ojos, en que pa-

recía palpar la fiereza, encubrían un corazón de oro y el alma más noble que pudo anidar en cuerpo humano.

Lo trajo de Santo Domingo un tío de Carmina que allí se enriqueció en el cultivo y exportación de cacao y azúcares.

Huérfano desde muy niño, entró al servicio de dicho señor, y cuando éste realizó su fortuna y volvió á España, con él vino el negrito y de él no se separó hasta el día de su muerte.

Abierto el testamento de D. Ramón, que éste era el nombre del rico plantador, se vió con asombro que, aparte de la cuantiosa herencia que legó al papá de Carmina, su hermano, consignaba una renta vitalicia al negrito Alí en pago y como recompensa á servicios importantes de él recibidos; pero el noble Alí rogó al papá de Carmina que le guardase el dinero y le permitieran seguir en la casa, como tributo al amo muerto, consagrándose á la sobrinita de su bienhechor.

Ya hemos visto de qué modo pagaba Carmina la abnegación de Alí, que prefería á una vida tranquila é independiente, ser el juguete de la amita, como él decía con su pintoresco modo de hablar.

Dios en sus altos designios así lo había dispuesto escogiéndole para redimir aquel alma.

Cuanto más estimaban al negrito sus papás, más se complacía Carmina en zaherirle.

Le llamaba esclavo; hacía que se pusiera guantes para darla cualquier objeto, y si no llegó á pegarle, fué más por temor á sus padres que por falta de gana.

Un día subió de punto su irritación porque Alí levantó en la calle á un jorobadito que había caído al suelo privándola de la risa que tal espectáculo le produjo; al defenderse Alí tímidamente y, contra su costumbre, arguyendo el auxilio que á todos debe prestarse por ser ante Dios iguales todos, hubo que oirla.

¡Iguales...! ¿Ella igual á aquel mónstruo cheposo y disforme? ¿Igual, ella tan blanca y tan bonita, al señor Alí, negro como el carbón y poco más que un perro por lo feo y lanudo? ¡Qué asco...!

Si no quería salir de la casa, y no por la puerta, que jamás se le ocurriera, ni en broma, tan humillante apreciación.

El pobre Alí bajó la cabeza y sus negros ojos brillaron húmedos de lágrimas, pero no contestó.

.....  
Es una tarde de Agosto y Carmina se aburre soberanamente bajo el tupido cenador del jardín.

Hace cuatro días que, á excepción de la servidumbre y con grandes precauciones, nadie sale de la villa donde veranean; un perro hidrófobo, que había causado una porción de víctimas, merodeaba por los alrededores sin que hubieran conseguido darle caza, y la puerta de la verja no se abría para nada ni para nadie.

*Continuará.*



## FILARMONIA INFANTIL

### VI

**R**icardito señala un objeto que abulta mucho en la orquesta..

—¿Veis eso que parece una especie de manzana muy grande, muy grande, partida en dos pedazos?

—Eso es un bombo partido por el medio—apunta el perspicaz Julito.

—O algo que así parece... Eso se llama los timbales ó *tímpanos*, y sirve para usos semejantes á los del bombo y los redobles ó tambores en las músicas de regimiento y en las mismas orquestas. Sólo que es una cosa más fina y da dos notas distintas.

No creo tenga necesidad de deciros qué son el bombo, los platillos, la lira, las arpas, muy conocidos de todos, y aun usados como juguetes cuando éramos *pequeños*, y de algún otro instrumento menos frecuente ó menos interesante en las orquestas. Creo que habréis quedado bastante ilustrados con mi relación, para tener siquiera una idea *somera*, como dice el profesor de casa, de estas cosas.

En esto, como es el principio del último acto, se levanta en la orquesta y en el escenario un estrépito de trompetería imponente é interesante. Van saliendo las distintas mesnadas ó secciones con sus toques y enseñas característicos, y juntándose al fin sus acordes y séptimas con las llamadas de las cornetas heráldicas, producen una armonía del metal henchida y formidable.

—¿Qué es esto, qué es esto?—pregunta algo azorado Paquito.

—Ya sé qué es—contesta alborozado Julito.—Eso es la jura de banderas... ¡Qué bonito...! ¿Pero dónde se han dejado el caballo esos del casco?

—Los habrán atado á los árboles de aquel bosque que se ve allá á lo lejos—dice Pepito.

—Mira, mira... ya está aquí el rey... Es ese de la voz gruesa que ha salido antes...

—Ahora sólo falta la reina Victoria... ¿Será esa rubia del vestido blanco?—exclama con alegría Julito.

—Esa es Elsa, la tiple, majadero. ¿No te lo dije antes?—le dice Ricardito.

—Como ha salido el rey... Yo creía que también iría á la jura de banderas la reina Victoria...

—Sí... Y la reina madre... ¿No conoces que estas cosas que aquí representan hace mucho tiempo que pasaron?

—¡Ah!, ¿sí?—dice con asombro Julito.—¿Y no volverán á pasar? ¡Qué lástima! Ahora que me gustaba tanto...

—Pues aprovéchate, porque Lohengrin, ya ves, está contando su vida, y dice que no volverá por estas tierras.

—Pues eso que canta me gusta mucho... Y él está muy majo... A mí me gustaría llevar un traje así... ¿Y por qué dejan que se marche...? Si yo fuese el rey...

—Se conoce que Elsa es tan indiscreta como tú, y no ha podido resistir la curiosidad de querer saber quién era su marido.

—¿Y por eso se incomoda...? Yo le hubiera dicho que no lo diría á nadie...

—¡Sí, te figuras tú que Lohengrin te aguantaría como te aguantó yo! Recibirías cada *torta*... Esos caballeros no quieren que nadie se meta en sus cosas.

—¡Pobre señora del vestido blanco...! ¡Qué triste se queda...!

—Ya sube á la barquilla... Ya baja la palomita luego...

—¡El cisne... el cisne...! Que se ahoga... ¡Eh...!—grita desolado Julito.—¡Pobre cisne...! ¡Yo que lo hubiera cuidado tan bien en el jardín de mi casa si me lo hubieran dado...!

Se ha terminado la ópera. Se levanta la institutriz, que había permanecido en un rincón del palco, y dice:

—Niños... *Allons!*...

Al llegar á su casa, al empezar la cena, inaugura Ricardito la relación de tan interesante aventura con estas palabras:

—Señores... ¡Lo que nos hemos divertido...!

ENRIQUE SANCHEZ TORRES.

# UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

## XIX

**M**e parece, Juanito, que terminamos nuestro paseo el domingo hablando de doña Petronila, ¿verdad?

—Sí, papá; de doña Petronila de Aragón.

—Perfectamente. Luego tenemos que hablar hoy de D. Alfonso VII, que es el que está al lado.

—Eso es.

—Y después del que le sigue, que es...

—Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona.

—¡Otra casualidad...! Doña Petronila junto a D. Alfonso VII, con quien quiso casarla su padre, como dijimos el otro día, y cerca del que fué su marido, Ramón Berenguer...

—Mejor hubiera sido ponerla al lado de éste, ¿no te parece?

—Hombre, sí; pero ya hemos visto que en la colocación de estas estatuas se ha seguido un orden algo caprichoso... En fin, ¿qué sabes de Alfonso VII?

—Alfonso VII fué uno de los Monarcas más poderosos de su tiempo, pues reunió bajo su centro los reinos de Galicia, Castilla, León, Aragón y gran parte de Andalucía, conquistada a los moros después de grandes luchas, entre cuyas victorias debe mencionarse la toma de Almería. Más que por su carácter

obligado por las circunstancias, Alfonso VII peleó constantemente con unos y con otros, bien que así consiguió la extensión de su poder. Los Soberanos de los otros estados españoles rindiéronle respetuoso homenaje en Zaragoza, cuando sometió a los aragoneses, y poco después se hizo coronar Emperador en León. Estuvo casado con doña Berenguela, de quien tuvo dos hijos, Sancho y Fernando, a los que dejó, al morir, los reinos de Castilla y de León, respectivamente.



ALFONSO VII

—No está mal. Ahora que D. Jenaro, como casi todos sus compañeros, no os enseña algunas particularidades necesarias para que os expliquéis ciertas cosas. Como, por ejemplo, por qué Alfonso VII era Rey de Galicia, y lo fué de Aragón, y luego, al morir, no dispuso de estos reinos en su testamento... También hubiera sido muy interesante explicaros las vicisitudes por que pasó Alfonso VII en su menor edad, el cual estuvo á punto de perecer varias veces, siendo salvado por Gelmírez, obispo de Compostela... Pero, en fin... Por lo menos quiero que sepas que Alfonso VII era hijo de doña Urraca, y que ésta casó en segundas nupcias con Alfonso I de Aragón, quien la tuvo encerrada en un castillo largo tiempo y persiguió á su hijo, no sólo de pequeño, sino también cuando ya era Rey de Castilla. Vamos ahora con el otro.

—Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona.

—A ver, á ver...

—Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, ha dejado un buen recuerdo en la Historia, no sólo por su valor en la guerra, sino, principalmente, por su espíritu recto y justiciero en la paz. Estas altas prendas, unidas á su celo en defensa de la religión, por la que peleó con entusiasmo, le conquistaron el sobrenombre de "el Santo" con que se le conoce. Con la conquista de Tortosa, entre otras, extendió el condado de Barcelona. Sostuvo también algunas

guerras en defensa de su hermano, terminadas victoriosamente.

—Este resumen sí que resulta casi telegráfico. Y te has olvidado recordar que estuvo casado con doña Petronila de Aragón, hombre. ¡No te fijas...! Estos son los resultados de aprenderte las cosas de memoria.

—Bueno, papá; lo tendré en cuenta. Y se lo diré también á don Jenaro para que corrija el sistema.

—Eso sería lo más conveniente.



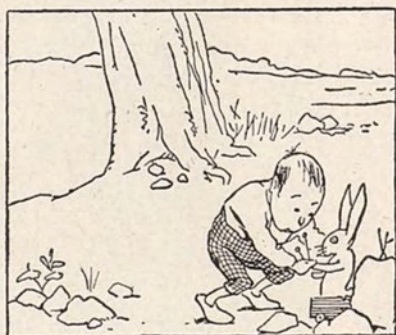
RAMÓN BERENGUER VI



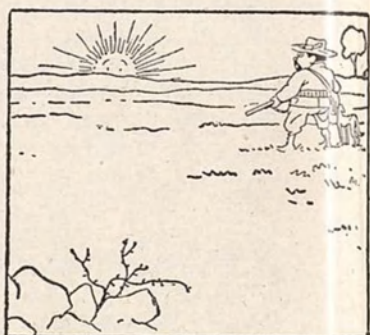
1. Salió don Juan cierto día temprano, de cacería.



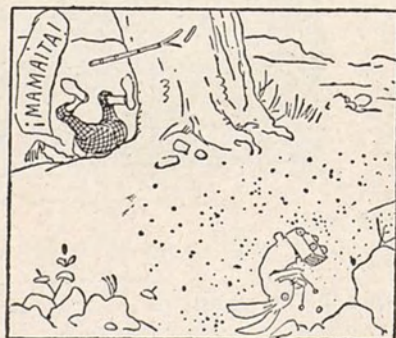
2. Subió pendientes enteras buscando las madrigueras.



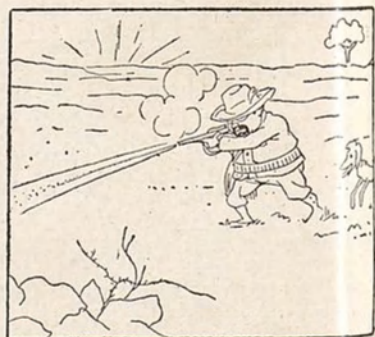
5. El chico, con gran presteza, se puso el mismo una pieza.



6. Ya el cazador, sin un tiro, se marchaba á su retiro.



9. Cuando se oyó el estampido, cayó el chico sin sentido.



10. Pues fué un disparo tremendo, atronador, estupendo...

# CAZA



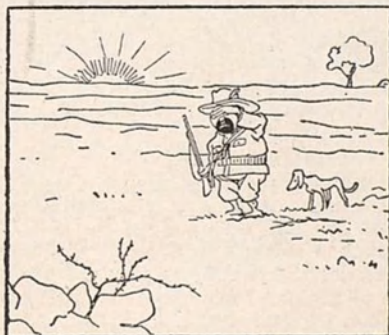
3. Y su pequeño Juanito salió también corriendo.



4. Don Juan, un tanto cansado, ya estaba desanimado.



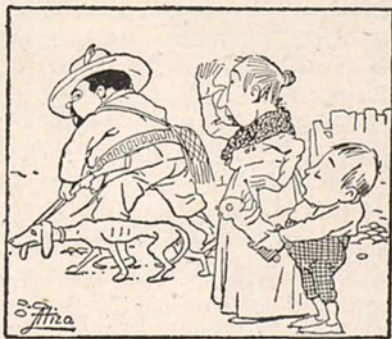
7. Cogió el muchacho su caña y quiso tirar con maña.



8. De pronto, con alegría, dijo don Juan: "¡Esta es mía!"



11. Juanito daba sus quejas, porque perdió unas orejas.



12. Terminó la cacería, ¡pero con qué gritería!

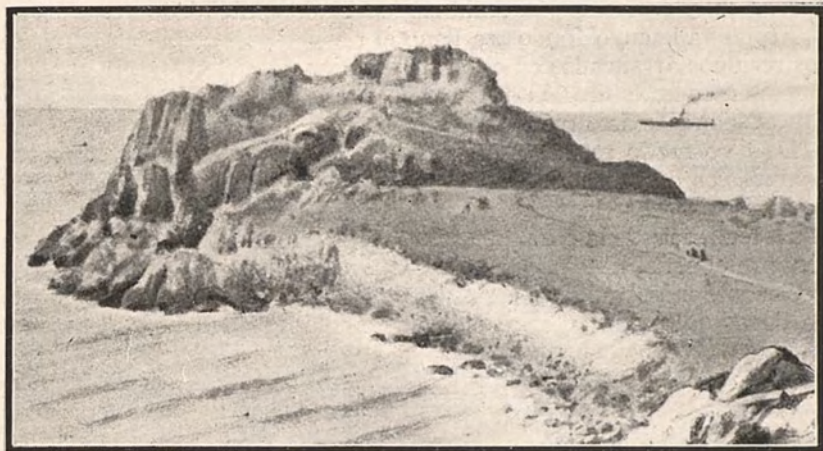


## LOS DOS COMPADRES

El tío Pepe Pellejos y el tío Curro Corambre eran, cor. perdón sea dicho, dos borrachones muy grande. Una noche que estuvieron en la tasca hasta muy tarde, al despedirlos el amo salieron tambaleándose. El tío Curro por la acera, para poder apoyarse en las casas, y el tío Pepe por en medio de la calle. Mal que bien iba el tío Curro por su camino adelante, mientras que daba el tío Pepe unos tumbos formidables. Al verle de tal manera, le dijo el otro: "Compare, ¡anda con ojo, no sea que vayas á resbalarte!" No se lo había acabado de decir, cuando enredándose sus piernas, cayó el tío Pepe, y como estaba hecho un zaque, por más esfuerzos que hacía no podía levantarse, y sólo con gran trabajo pudo Curro levantarlo. "Vente á la acera, tío Pepe, y de mí no te separes —decía Curro,— que tienes una pítima muy grande. Yo no sé para qué beben estos hombres que no saben beber sin que se les suba á la cabeza al instante. "¡Pues qué, á ti no se te sube!" le dijo el otro muy grave. "A mí subírseme, vamos, tío Pepe, ¿quieres colarte? ¡A mí subírseme el vino, tendrían que colocarle

en un globo! ¿A mí subírseme? No tienes más que mirarme." "Pues porque te miro, veo que también vas columpiándote." "Ten pupila y no confundas lo que son estos andares graciosos que yo me traigo, con lo que es tambalearse. Yo estoy fresco y tú estás curda, y por eso voy guiándote, y ahora te llevo á tu casa, en donde voy á acostarte." Llegaron como pudieron á la casa del compadre Pepe, que era piso bajo con su ventana á la calle, y Curro, cogiendo á Pepe en brazos, quiso acostarle. Abrió las cortinas blancas con el pie, y allí soltándole, le dijo: "¡Vaya, á dormir! Ahí te quedas en el catre." Salíó Curro, y con asombro se encontró que allí delante estaba Pepe tendido en las losas de la calle. Volvió á cogerlo, y haciendo la misma faena que antes, le acostó, y á la salida volvió en el suelo á encontrarle. Loco de asombro, el tío Curro se preguntaba, palpándole: "Compadre, ¿eres el tío Pepe, ó eres un ánima errante?" "Yo soy yo—le dijo el otro,— y haz el favor de no echarme más veces por la ventana, porque vas á reventarme." El tío Curro, que tan fresco se creía al acostarle que era puerta de la alcoba la ventana de la calle.

C.



## MODIFICACIONES SUPERFICIALES DE LA CORTEZA TERRESTRE

### EROSION

#### II

Puede asegurarse, después de lo que ya hemos dicho, que la erosión ejerce grandísima influencia destructora, y en todos casos modificativa, sobre las montañas ó grandes rugosidades del terreno; pero también desempeña importante papel en la evolución del perfil de tierras algo accidentadas, y aun de las llanuras, contribuyendo con su trabajo al cambio que ocurre constantemente en la superficie terrestre que ya hemos ido puntualizando.

Los factores causantes de ello son los vientos, los ríos, los mares y los glaciares. De esta afirmación puede deducirse la existencia de otro agente más complejo, pero de indudable eficacia: el clima, del que se puede decir que es principal elemento constitutivo del relieve.

Fácil es probarlo con sólo observar el carácter tan distinto que presentan territorios de igual naturaleza geológica, y en los cuales, por su influjo, se encuentran diversas predisposiciones que permiten que alguna de las fuerzas antes aludida predomine sobre las demás. Los geólogos americanos fueron los que primeramente manifestaron la enorme actividad que el clima supone, contemplando la diferencia entre las regiones del Atlántico y las Montañas rocosas (EE. UU.), á pesar de su semejanza. Después se ha podido comprobar con multitud de ejemplos.

Cualquiera que sea la forma dominante como resultado del clima, la erosión sigue siempre idéntico camino: descomposición de las rocas, disgregación, perforación y, por último, transporte y acumulación de los despojos.

La erosión fluvial (desgaste del terreno por un río) obra en armonía

con la clase de rocas ó tierras que atraviesa, las cuales oponen resistencias muy variadas, según su homogeneidad, solubilidad, etc.

En un valle cuyo fondo sea llano el río va depositando en su cauce los residuos arrancados en el curso superior, ó sea en lugares anteriores, y entonces la erosión se limita á la pérdida paulatina de las paredes en donde existe más frotamiento.

De otro modo resulta cuando la corriente se desliza por terrenos compuestos de capas de distinta permeabilidad. La erosión actúa con más energía sobre las más blandas.

La tendencia de la corriente es un plano más bajo, en cuya busca va siempre el agua. Este poder que la mueve, hace que su fuerza sea mayor cuanto más grande es el desnivel, y disminuye poco á poco cuando ha llegado al punto inferior ó perfil de equilibrio, siguiendo entonces su marcha lenta y suavemente.

Estas superficies bajas constituyen los llamados *planos de inundación*, que demuestran que el asiento del río ha llegado á un grado de firmeza y estabilidad de las que no ha de pasar, y que todo aumento en el caudal que no pueda tener cabida en el lecho habitual, supone la dispersión del agua en los terrenos adyacentes.

Los ríos que siguen una línea recta profundizan siempre el cauce, y, en cambio, los que se fabrican riberas con terrenos de arrastre, suelen producir inundaciones cuando el agua rompe estos diques naturales. El Misisipí es un ejemplo de esta modalidad de la erosión y de las aludidas variaciones por rotura, de las cuales se han registrado 12 desde 1722 á 1884. Lo mismo que en este río se observa en otros muy propicios á estos desbordamientos, como son el Amazonas, Danubio, Pó, Congo, Yang-tsékiang, Nilo, etc.

Todos los *planos de inundación*, ó sea llanuras constituidas por tierras de acarreo como consecuencia de la erosión, terminan en *deltas*, que no son otra cosa sino la prolongación de la parte continental sobre el mar, prolongación ó aditamento resultante del continuo transporte verificado por el río, que al llegar al Océano se divide en brazos que traspasan el macizo artificial por él formado. El del Misisipí gana al año 80 ó 100 metros sobre el mar.

Las formas que hemos expuesto son el último grado de la erosión é indican la *vejez* de las llanuras, reveladoras de que cesó la lucha para buscar el equilibrio definitivo.

El tiempo en que estos fenómenos se realizan es difícil de apreciar. Calcúlase que el espesor de la capa arrastrada por la erosión fluvial anualmente es de 64 milímetros, y que el rebajamiento de un metro exigiría mil cuatrocientos cuarenta años.

En el Ródano se valúa en 288 milímetros al año, y en las cataratas del Niágara, el punto por donde vierten, que tiene forma de herradura, se ha desgastado en 100 metros de 1842 á 1905, ó sea metro y medio al año aproximadamente.

Tales ejemplos ponen de manifiesto la potencia de la erosión ejercida por los ríos.

JUAN ANTON.



RELATOS DE CAZA

## Y E N G A N Z A

Un gran señor tártaro, estando una vez lleno de vino como un odre viejo, castigó la mínima falta de un pobre hombre ahorcándole de la rama de un cedro. Sus corifeos y satélites, no menos embriagados que él, corearon con gritos y palmadas la bárbara agonía de la víctima, que murió resignada y triste, porque conocía que sería inútil toda protesta y baldío cualquier llamamiento á la piedad de aquellos salvajes corazones. La familia del ejecutado abandonó el país y, pasado algún tiempo, el olvido fué la losa funeraria que la humanidad tendiera sobre el infortunado hombre.

Tres años después el gran señor, acompañado de numerosos amigos y criados, inició en un amanecer triste y melancólico una cacería de antílopes. Apenas los ojeadores anunciaron la presencia de los descuidados animales, cuando el señor ordenó que se soltaran las jaurías. Precipitáronse los perros en una velocísima carrera, aullando rabiamente, y tras ellos corrieron los cazadores gritando como energúmenos y montados en sus peludos caballos, que al sentir en los ijares las espuelas, apresuraban su marcha y saltaban zarzales, rocas, riachuelos y zanjas. El gran señor, viendo que los perros dejaban sin perseguir á un hermoso antílope, corrió hacia él y, salvando unos llanos esteparios cubiertos de altas hierbas, penetró en una selva, en la que los troncos parecían ingentes columnas de granito y las frondas

altas bóvedas de una susurradora y mágica catedral. No hay que decir cuántos arroyuelos corrían por el suelo, ni cuántas fontanas desgranaban en sus tazones bastos y roqueños su perlada erución, ni cuán numerosamente mostrábanse por todas partes trinadores bandos de pintados pajarillos. El apuesto magnate, insensible á todas estas bellezas, corría completamente solo en pos del antilope, que se deslizaba entre los troncos como un fantasma. Cuando ya el perseguido animal iba visiblemente perdiendo terreno, y el gran señor se ufana de rematarlo pronto, notó que su caballo se detenía, que iniciaba otra vez la carrera y que, relinchando dolorosamente, se dejaba caer sobre la hierba. Apenas tocó el suelo levantóse el cazador, y vió un enorme venablo de hierro negruzco clavado en el pecho del caballo. Al levantar los iracundos ojos al cielo, contempló á un hombre que, cruzado de brazos, le miraba fijamente.

—¿Has sido tú, villano...?—rugió el poderoso señor.

El aludido, sin dignarse contestarle y armando el formidable arco, se le acercó algunos pasos. Entonces habló:

—¿Te acuerdas de Yván, el pobre que ahorcaste de un cedro en una noche de orgía...?

—Y á ti también te ahorcaré.

—Soy el hijo de Yván—exclamó el villano sin escuchar sus palabras,—y quiero tu vida por su vida...

Dicho esto crujió el arco, partió el venablo y el gran señor cayó junto á su caballo para no levantarse más...

José A. LUENGO.



## DON ALVARO DE LUNA

Por una acentuada simpatía, D. Alvaro de Luna, noble por su padre y emparentado con señores de Aragón y con ilustres servidores de la corona en Castilla, vino á ser privado y favorito del débil Rey Juan II. El arzobispo de Toledo, Pedro de Luna, al quedar huérfano el hijo del señor de Juvera, lo trasladó á la corte, instalándole como correspondía á su linaje y educación; en ella, festivo y bullicioso con los niños, gentil y bizarro con los mancebos, galán y discreto con las damas, alcanzó la general predilección y la especial del Rey, que lo llevó á Palacio y lo hizo su paje. Contaba entonces D. Alvaro diez y nueve años.

Desde este momento, con astucia, constancia y serenidad, preparó el camino para ser el consejero único y poder deshacer á los dos partidos que contra los intereses del Monarca castellano aspiraban á enseñorearse de su real voluntad, el que dirigía el infante Juan de Aragón y el que capitaneaba el infante su hermano D. Enrique. Ninguno de los dos últimos se avenía á que el jovenzuelo servidor progresara de modo tan señalado en el ánimo del Soberano; pero mucho menos D. Enrique, que viendo frustradas las tentativas hechas para alejarle de la cámara real, ora cuando se le hizo acompañar á doña María de Aragón, ó ya cuando se aconsejó á la Reina madre doña Catalina lo desposara por sorpresa con Constanza Barba, á pretexto que no era bien visto que en Palacio vivieran jóvenes enamorados, se aprovechó, para que no se le diera cargo en la corte, de la grave enfermedad que padeció Luna á consecuencia de la herida que en las justas reales, celebradas en Madrid con motivo de la declaración de la mayor edad del Rey, le causó el justador Gonzalo Cuadros, y después, de la circunstancia de que el infante Juan estaba en Navarra, para desacreditarle cayendo sobre Tordesillas el 12 de Julio de 1420, apresando al Rey, que allí estaba de jornada, con María de Aragón y Catalina, la infanta. La aspiración de D. Enrique era casar con la última para reunir en su mano riquezas que, sumadas á las que



tenía heredadas en Castilla, le harían supremo señor en ella. Pero don Alvaro, atento á crear el partido del Rey y á no dejarse vencer por tan prepotentes enemigos, se apresuró á desbaratar la liga que formaron contra él y su Señor los primos de éste, Juan y Enrique; mas no le acompañó la fortuna, y al fin, como eran tantos y tan poderosos los que le tenían mala voluntad, hubo el Rey de ceder, y creyéndole culpable de las alteraciones, lo desterró á la villa de Ayllón. Tras la sorpresa de Medina, por la que los de la liga consiguieron desautorizar á D. Alvaro y separarle de su amigo y Señor, Juan II, sucedió la oportuna intervención del obispo de Avila, Barrientos, quien ordenó las cosas de modo que, uniendo las voluntades, consiguió que D. Alvaro tornara á la corte. A poco de esto, los infantes rebeldes, ayudados por el que ya era Rey de Navarra, volvieron á tomar las armas para hacerse del gobierno; pero la batalla de Olmedo, en la que fueron derrotados por el propio D. Alvaro, que iba á la vanguardia, decidió la suerte del que, entre otros títulos y honores, gozaba ya del de condestable del reino.

Estos esplendores, coincidiendo con la muerte del infante D. Enrique, en vez de detener las envidias del partido vencido, que había abusado de la nobleza y cordura del pueblo castellano, avivaron más los enconos contra Luna. A Alvaro se le debía la paz del interior; el Rey, su libertad; el príncipe heredero, que su corona no hubiera sido usurpada por uno ú otro de los primos de su padre; pero también es cierto que, si de un lado tenía tantos títulos para merecer respeto, por su desmesurada codicia, y por su ansia de mercedes, y por su sed de mando, no desmerecía las censuras que alzaba contra él la envidia y la gana de prosperar ajena.

El propio Rey, desde que casó con doña Isabel de Portugal, deseaba desembarazarse de su primer consejero, y olvidando por lo que debía estarle reconocido y obligado, lo que en su servicio sacrificó, y las iras que soportó en el curso de su vida por la lealtad inalterable que le tuvo, acusando á D. Alvaro de provocador de todas las luchas civiles del reino, mandó al jefe de la fortaleza de Burgos que lo apresara y diera muerte si se defendía. Cumplióse la orden, no sin extrañeza del condestable, y entregándose al oficial, esperó que se le procesara y se viera su causa.

El fin de ésta no fué otro que condenarle á muerte. Ninguna prueba acompañó á la sentencia; sólo cargos gratuitos como los de *usurpador de la corona real y los de tiranizador y ladrón de sus rentas*. Por estos motivos, sin base, se le trasladó á Valladolid, y allí, en la plaza pública, donde se alzó el patíbulo, después de confesar y oír misa, se le ajustició. La entereza de este varón, que por treinta años había gobernado el reino, singularizada en los últimos momentos, llenó de tristeza al pueblo, y más al oírle decir al caballero del príncipe, que se hallaba presente: "Te ruego digas al príncipe, mi señor, que dé mejor galardón á sus criados que el Rey, mi señor, mandó dar á mí." Ocurrió esta triste escena el 2 de Junio de 1453.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.